

Para Jaime Luján, Florey y los suyos, los mejores  
deseos y pensamientos de todos en esta su casa  
en Navidad y año nuevo.

Licente Sáenz

Pánuco 200.- México, D.F., Dic. 18/59.

VIDAS EJEMPLARES  
HISPANOAMERICANAS

Cedo este ejemplar a  
la Biblioteca Nacional

Abril 63

COLECCION AUTORES CONTEMPORANEOS: XVI

VICENTE SAINZ



# VIDAS EJEMPLARES HISPANOAMERICANAS

MORELOS. - BOLIVAR. - MORAZAN. -  
MONTALVO. - MARTI.



Impreso en México.—Talleres tipográficos de la Editorial  
Olimpo. Calle de Imprenta N° 205.—México 2, D. F.

EDITORIAL AMÉRICA NUEVA

México, D. F., 1959



12.  
920  
5127N



# VIDAS EJEMPLARES HISPANOAMERICANAS

LIBRERÍA NACIONAL - SAN JOSE - COSTA RICA  
MONTALVO - MARTÍ



16990



LIBRERÍA NACIONAL - SAN JOSE - COSTA RICA  
MONTALVO - MARTÍ



## EXPLICACION

### NOVELAS Y BOLIVAR

**P**OR haberse agotado las ediciones de la distintas biografías que forman este volumen, impresas originalmente en libros separados —y a petición, además, de algunos amigos—, la *Editorial América Nueva* ha dispuesto reunir las y ofrecerlas al público lector en un solo tomo.

Así creemos cumplir con nuestro viejo propósito de cooperar, incesantemente, en todo lo que signifique estudio, comprensión, mutuo conocimiento de nuestros problemas, nuestras aspiraciones, los propósitos de nuestros grandes valores hispanoamericanos, tan olvidados de nosotros mismos.

Y nos complace abarcar, con cinco figuras representativas, a casi todo el Continente: a la nación mexicana con la figura cumbre de Morelos; a Centroamérica con Morazán; a Sudamérica con el genio de Bolívar y la ejemplar pluma de Montalvo, mientras se sintetizan para otro tomo las vidas de San Martín, O'Higgins, Artigas, Lastarria, Sarmiento, González Prada; a las Antillas, en fin, con el pensamiento luminoso, la videncia extraordinaria, el apostolado heroico de Martí.

De ese modo tenemos, de momento, un alto símbolo de cada región de nuestra América en las páginas que ofrecemos a continuación a los lectores.





PORTADA

**S**OLO en forma de resumen, para establecer hasta donde sea posible el paralelo del gran cura de Carácuaro con el aristócrata venezolano, me tomaré la libertad de recordar algunos puntos esenciales de la vida de estos dos ilustres próceres de América.

Y habrá que hacerlo en forma extraordinariamente sintética, sin que nada nuevo pueda yo aportar, porque son muchos los tomos en que aparecen las proclamas de ambos libertadores, su correspondencia y sus memorias; los apuntes y documentos recopilados por sus lugartenientes; los cantos de los poetas; las biografías de historiadores y ensayistas; los inflamados panegíricos, en fin, de nuestros más eminentes escritores, e incluso de intelectuales europeos.

En alguno de todos esos libros he leído que las cuatrocientas acciones de armas de Bolívar, dilatado en el espacio y en el tiempo, se han convertido en más de dos mil volúmenes; y que a él y a otros héroes se les coloca en andamios de tal altura, que ya el hombre de la calle no puede distinguirlos.

Para conocer su pensamiento, para volver a ellos, para vivir y sentir lo que vivieron y sintieron las figuras más insignes de América, acaso se haga necesario no mirar únicamente al personaje mitológico, de modo que podamos estudiar y comprender al hombre, el porqué de sus quebrantos y la razón de sus idearios y de sus batallas.



*¡Humanizar, pues, la biografía de nuestros máximos valores; bajarlos de sus monumentos, como nos lo dijo en México el poeta venezolano Andrés Bello, al inaugurarse el 24 de julio de 1946 la estatua de Bolívar, a la entrada del Bosque de Chapultepec; llevarlos a las escuelas; sentirlos cerca de nosotros y de nuestros hijos, en la intimidad del hogar; darles su sitio, como seres vivos, en la evolución y en el progreso de cada pueblo hispanoamericano!*

*Eso es, en resumen, lo que me propongo hacer en las páginas de este ensayo, que tal vez pueda servir de orientación a los que se preocupan por conocer e interpretar la realidad de Hispanoamérica.*



## I

## DE PASTOR Y ARRIERO A SACERDOTE

EN la antigua Valladolid, hoy la ínclita y acogedora Morelia de Micoacán, cuna de tantos y tan esclarecidos varones mexicanos; en aquella tierra maravillosa del Valle de Guayangareo, sinfonía de luz en los crepúsculos y en el espejo de sus lagos encantados, nació don José María Morelos y Pavón, el 30 de septiembre de 1765.

Así consta en el acta de bautizo, firmada cuatro días después por el bachiller don Francisco Gutiérrez de Robles, teniente de cura, quien puso óleo y crisma al infante José María Tecló, hijo legítimo de Manuel Morelos y de Juana Pavón, españoles. Agrega el bachiller Gutiérrez que fueron padrinos del nuevo cristiano, Lorenzo Cendejas y Cecilia Sagero, a quienes hizo saber su obligación y parentesco espiritual.

Que como hijo de españoles fuese criollo, al menos de la clase humilde, es cosa que niega el ilustre historiador de derechas, don Lucas Alamán. Quizás por mala voluntad hacia el caudillo, don Lucas le quita lo blanco a Morelos según raspa la pluma, hasta dejarlo con mezcla o hibridez de indio y negro, que es como decirle zambo.

Quiero suponer que el gran talento crítico de Alamán, muy superior al fanatismo de las gentes de caverna que lo rodeaban, no hubiera dado tanto énfasis a su afirmación



si, vuelto a la tierra, pudiese comprobar que negro fue Maceo —como lo fue Pétion—, e indio de pura raza zapoteca el benemérito don Benito Juárez, cuya lucidez y entereza podrían servir de modelo a muchos blancos. Y no con la talla o los quilates de Alamán. ¡A muchos blancos “con el alma negra”, dándole vueltas, para el caso, a esta metáfora expresiva de José Martí!

Otro historiador mexicano, pero ya de nuestros días, el querido y admirado amigo don Alfonso Teja Zabre, con papeles a la vista defiende el punto, tocante a lo racial, en esta forma:

“Sólo sabemos de sus ascendientes que fueron *cristianos viejos, limpios de sangre y de buena reputación*, según testimonios auténticos”.

Confirma, eso sí, la pobreza del héroe tonsurado, porque “era hijo de carpintero y nieto de un maestro de escuela, por la línea materna”.

¡Endémica hoy la penuria de los maestros de escuela en el medio hispanoamericano, hay que imaginar lo que padecerían durante la colonia!

\* \* \*

Tenemos, pues, a Morelos, nacido y bautizado en Valladolid. Y lo hemos de tener, a poco andar, huérfano de padre. Nos lo presenta entonces su paisano de Michoacán, J. Rubén Romero, a los siete años de edad, “de piel tostada y negro pelo alborotado, bailando su trompo concienzudamente.

“Si algún muchacho del barrio se aproxima, el niño enrolla la cuerda, recoge su juguete y se introduce en una humilde accesoria, porque no quiere tratos ni cambio de palabras con sus vecinos.

“La miseria es perro rabioso que muerde y aísla de la sociedad a quienes ataca. La viuda de Manuel Morelos se vio acosada por ella, y tuvo que resolverse a poner a

José María bajo la autoridad de su cuñado Felipe, quien dentro de sus condiciones económicas dedicó al muchacho a cuidar de unas vacas por el rumbo de Zindurio”.

Once años estuvo allí en Zindurio y en la hacienda de Tahuejo, jurisdicción de Apatzingán. Tomó más adelante el oficio de arriero entre Acapulco, Valladolid y México, de mayor esfuerzo y responsabilidad que el pastoreo o la labranza. ¿Pero efectivamente fue arriero nuestro futuro sacerdote?

Así lo han escrito y repetido historiadores y maestros de un siglo a la fecha, aun cuando para otros no se trata en este caso de historia comprobada —como sí lo es la permanencia del prócer en Zindurio—, sino de imaginaria leyenda. Vuelvo a emplear, después de esta advertencia, la prosa nítida del señor Romero:

“Pronto se adiestró José María en el manejo de los tercios y en cargar las mulas. En los pasos difíciles solía ayudar a la recua con alguna mala palabra, de esas que son corrientes en el oficio; y al llegar a las ventas y a los mesones del trayecto, después de curarles las mataduras y de echarles el pienso a las bestias, se acurrucaba al amor de los hachones de ocote, para oír conversar a los soldados del Virrey y a los hombres de la Acordada.

“¡Caminos interminables, bajo las lluvias monótonas de agosto; veredas recubiertas por las heladas crueles de enero; torbellinos de polvo que obligan al viandante a esconder el rostro tras el pañuelo de hierbas!

“...En un viaje compró una gramática latina de Nebrija y, caminando, la aprendió de memoria... En otro viaje se detuvo en la puerta de la parroquia de Maravatio para escuchar”, alelado, las notas imponentes del *Tantum Ergo*, que salían de la iglesia envueltas en gasas azules de incienso. Quizás entonces se resolviera a estudiar para sacerdote.

“A Felipe Morelos le parecían irrealizables las pretensiones de su sobrino, pero le halagaban. Llenábase de



una íntima satisfacción al pensar que aquel muchacho criado por él, un poco taciturno, alto y recio, endurecido en las pesadas tareas del campo y hecho a los más ásperos trabajos de la arriería, llegase a vestir el traje de los clérigos, tan respetado por las gentes de la clase humilde, a la que ellos correspondían. Se imaginaba a los rústicos rancheros descubriéndose al paso del sobrino, y por eso lo alentó a que se matriculara como capeño externo en el viejo Colegio de San Nicolás”.

*A los 25 años de edad inicia Morelos sus estudios en el Benemérito Instituto Nicolaita*

Gracias a los pequeños ahorros que había podido hacer, y a una voluntad extraordinaria para iniciar sus estudios a los veinticinco años de edad, ingresó Morelos en 1790 al ya citado centro nicolaita, del que era maestro y fue después rector el Padre don Miguel Hidalgo, pasando posteriormente al Seminario Tridentino.

Aunque es verdad que a la sazón “había gran urgencia de formar un cuerpo numeroso de curas, para lugares apartados y pobres”, no se resignó el futuro Generalísimo a seguir solamente los cursos básicos de Latín, Filosofía y Moral. Con su gran ambición de saber, trabajando intensamente de día y de noche, reforzó antes bien la ciencia de los claustros, mediante la lectura de diversas obras didácticas, a cuyos autores trataba de asimilar e interpretar.

Eso le permitió dirigirse a la capital del Virreinato, presentar examen el 28 de abril de 1795 y recibir el diploma de Bachiller en Artes, otorgado por la Real y Pontificia Universidad de México.

Dos años adelante, en 1797, recibió las órdenes de subdiácono y de clérigo diácono, lo que habría de permiti-

le servir en Uruapan como preceptor de Gramática y Retórica. Pudo así aliviar su muy precaria situación económica, y las más urgentes necesidades de su anciana madre y de su hermana Antonia.

Finalmente, a fuerza de grandes privaciones y de sacrificios inenarrables, que nunca lo hicieron desmayar, logró su ordenación sacerdotal en enero de 1798. Y junto con los hábitos talares, recibió el nombramiento de cura interino de Churumuco, a no muy largo trecho del vicariato de Cinagua y de la tibia placidez de Tamácuaro de la Huacana.

*Los Curatos del Generalísimo*

Insalubre y lejano es el pueblo de Churumuco, perdido en la manigua tropical. Tierra caliente, con todas las dolencias y los contagios de entonces y de ahora. Pero allí va el nuevo sacerdote, por los áridos caminos o las veredas pantanosas, resignado y humilde en su cabalgadura, cubierta la cabeza con el amplio pañuelo que a guisa de montera lo defiende del sol.

Acorre Morelos al moribundo para que salve el ánima con los santos óleos. Dirá después su misa rezada en la ermita de Cinagua. Por la noche, rosario solemne en la Huacana. Al día siguiente, confesión y comunión del beaterío. Otra vez al húmedo calor del Churumuco.

Cristalino afluente del río de las Balsas, antes de llegar al pueblo, forma un meandro apetecible con sombra de higueros. Semiasfixiado y sudoroso se baja el cura del caballo. Mira por los cuatro puntos cardinales antes de aligerar sus ropas. ¿Amonestación del superior por denuncia de vecinos? No se tiene noticia, en esa época, de reprimendas de la Mitra. Pero cabe suponer que en tan sabrosas aguas refrescantes —como Bolívar



en el Apure y en el Orinoco— solía Morelos quitarse el polvo y el ardor de las jornadas.

Resiste la fiebre perniciososa don José María. Se enfrenta con optimismo al mal del trópico. Ayuda con su consejo y experiencia a los labriegos. Los instruye, les habla de semillas y de arados, del amor a la tierra y de la justicia de Dios para el hijo del agro. Les predica, sobre todo, en las mañanas calcinantes y en las tibias noches de luna, con el ejemplo extraordinario de su fortaleza.

Antonia y doña Juana, en cambio, son las indefensas víctimas de la manigua. Se sienten de tal modo debilitadas y enfermas, que Morelos decide enviarlas a Valladolid para que sanen.

¡Vano empeño respecto de la madre! Se agrava en Pátzcuaro, según lo comunica su amigo y compadre Antonio Cornejo al sacerdote. La frase final es el anuncio de que llegó la muerte: “No puedo ser más largo, porque voy a buscar la cera para el viático”.

\* \* \*

Muerta y sepultada doña Juana Pavón a orillas de aquel lago, de tan bellas y románticas leyendas, forjadas por la dulzura sin par de los tarascos; a orillas de aquel lago de Pátzcuaro, en cuyo centro de Janitzio se levanta hoy un monumento al héroe, pidió Morelos un cambio de parroquia.

Le fue a la postre concedido, nombrándosele cura interino y juez eclesiástico de San Agustín Carácuaro. Debía también ocuparse de las feligresías cercanas en Nocupétaro y Acuyo. Posteriormente se le confirmó su nombramiento para el mismo curato y dependencias, ya con el carácter de propietario.

Conforme a la tasación —de acuerdo con Teja Zabre— recibiría el presbítero “seis reales y medio diarios, el uso de algunos útiles de cocina y el servicio personal de un

muchacho mandadero, un mozo caballerizo y una mujer para la molienda del maíz. Este servicio personal tenía por objeto, además, impartir la enseñanza de la doctrina cristiana”.

Agrega el mismo autor que los pobladores no pagaban sino mal y tarde las míseras pesetas de su párroco, “eludían la parte laboriosa del servicio personal, y sólo aceptaban este cargo para ir a comer a la casa del cura, llevando a veces a todos sus familiares, y consumiendo ellos mismos lo que habían pagado con tan poca voluntad y en medida tan escasa”.

Tendrá Morelos algunas dificultades con su rebaño, debiendo contestar, ahora sí, varias quejas enviadas a la Mitra.

Ha de proponer él mismo que se le rebajen, todavía más, sus pobres emolumentos.

Pensará sin duda, ante la indigencia y la desesperación que lo rodean, en las riquezas acumuladas por sus superiores jerárquicos.

Recordará ciertas pláticas del maestro don Miguel Hidalgo, en los amplios corredores del Colegio de San Nicolás.

Y pasará por su mente la figura dinámica y austera de don Vasco de Quiroga, fundador de aquella institución a más de dos siglos y medio de distancia, Oidor de la Segunda Audiencia, Obispo de la diócesis de Michoacán, varón excepcional por sus obras, por sus ideales, por su arraigado sentimiento de humanidad y de justicia.



## II

### NINEZ Y ADOLESCENCIA DE BOLIVAR

**O**RIUNDOS de la católica Euskadi fueron los antepasados del Libertador. Su señorío en la Merindad de Marquina, actual provincia española de Vizcaya, bien pudo revestir con blasón nobiliario a los mayores de la vieja estirpe.

Un buen día de 1567, durante el reinado de Felipe II, saltó el primer Simón Bolívar, de aquellas tierras bravas del Cantábrico a la borda de un velero, con dirección a las costas magníficas de América.

Audaz y fuerte, decidió correr fortuna en Venezuela. Ilustrado en sus devociones y en los conocimientos de la época, avaro de su abolengo y de su honra, resuelto y ambicioso, llegó a ser en breve plazo corregidor perpetuo de Caracas y alto funcionario real de la provincia.

Ya está la raíz de los Bolívar en el nuevo mundo. Los hijos, los nietos y bisnietos, sin perder contacto de sangre con España, aquí se han ido quedando. Son dueños de minas y haciendas, hombres de trabajo y de armas al servicio de su rey, a quienes la Corona concede los cargos y los títulos que solamente podían otorgarse a ciertos criollos, merced en ocasiones al monto de los tributos.

Será un mayorazgo abierto y generoso; reconcentrado y místico el de otra generación, hasta morir de viudez inconsolable en un convento. Los habrá también con-



tradictorios: bailadores y severos, pensativos y locuaces. Y no faltará alguno entre ellos con fachada del santuario de Guernica y cascabeleo interior de alegre fonda, en que ríen y cantan los parroquianos, al compás del tamboril, el acordeón y las guitarras.

Magnánimos y progresistas —con la excepción que nunca falta—, fundarán villas y escuelas, impulsarán el establecimiento del puerto de La Guaira, mejorarán el sistema de producción en sus fundos mineros y agrícolas; y no obstante su consanguinidad o afinidad con familias de la Corte y de la nobleza colonial, empezarán a comprender que es una afrenta para el criollo el dominio político del español.

De ese árbol —cepa del suelo vasco trasplantada al clima del nuevo Continente—, nos viene como remate el último Simón Bolívar, libertador de la mitad de América. Fue hijo cuarto, el menor, el más pequeño, pero también el más inquieto de don Juan Vicente Bolívar y Ponte, caballero de Santiago, señor de Aroa, marqués dos veces, coronel perpetuo de las milicias de Aragua, y de doña María de la Concepción Palacios Blanco y Sojo, de Bolívar y Ponte.

Nació Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, nombres completos de nuestro personaje, en la muy leal y heroica ciudad de Caracas, el 24 de julio de 1783.

\* \* \*

Nos informa el presbítero don Carlos Borges, en famoso y bellissimo discurso que pronunció en 1921, centenario de Carobobo e inauguración de la casa natal del Libertador, cómo después del portentoso alumbramiento duerme la joven madre, profundamente quebrantada. Al lado suyo, “entre finísimas holandas, sedas, plumas y edredones, el inquieto recién nacido pugna por salirse de los pañales”.

¡En qué forma contrasta la magnificencia de los Bo-

lívar, con la humilde condición de los Morelos en Valladolid!

Se refiere después el sacerdote al contento y alegría en aquella mansión aristocrática, llena de familiares y amigos, y al trajín por doquiera de sirvientes y esclavos, “desde el salón de honor hasta el gallinero y la cocina”. Importa destacar a la negra Hipólita, “la flor de las esclavas”, de antemano elegida para ser aya del niño. Se acerca a los 28 años y está valorada en trescientos pesos.

Vendrá a los pocos días la ceremonia del bautizo, muy diferente también al de Morelos, cristianizado por un afable y bondadoso teniente de cura. Al venezolano, en cambio, le pone óleo y crisma su ilustre deudo el canónigo don Juan Félix Jerez de Aristeiguieta y Bolívar, provisor del obispado, quien aumenta con cuantioso donativo el patrimonio del infante.

Con cifras de diversos autores sostiene Cornelio Hispano que el vínculo del doctor Aristeiguieta, constituido por varias casas y tres haciendas, más la herencia de sus padres, daba a Bolívar caudal suficiente para llevar en Europa un tren de príncipe, sin mengua de sus propiedades.

Pero volvamos al exquisito narrador don Carlos Borges, empeñado en que no nos alejemos de la fiesta bautismal:

“Cuanto brilla en Caracas por la nobleza o la fortuna, se encuentra aquí presente. Revienta de pronto en el zaguán, con resonante júbilo, la magnífica orquesta de la Academia de Blandín. Así saluda el Padre Sojo la entrada triunfal de su sobrino en el camino de la cruz, que es el camino de la gloria. En la exaltación del entusiasmo, plenos de vino, se alzan vasos y corazones, color de sangre y oro como la bandera de la Conquista.

“Desde las ventanas, de par en par abiertas, los padrinos tiran puñados de monedas a la chiquillería insacia-



ble. En el fondo del último patio, al són de arpa y maracas, los esclavos bailan la zamueca. Lejos del grupo servil, en el centro del señorío, más que todos alegre y orgullosa, Hipólita desempeña sus funciones de aya.

“Vedla qué mona y qué galante, con más adornos que la palma del Arzobispo el Domingo de Ramos, con su *blanca risa de negra*, cien cocuyos en cada ojo, en la mano una onza de oro —regalo del padrino— y el sol del Perú, limpio de toda mancha, amaneciendo en sus negros brazos.

“Es la misma de quien un día el Libertador, en el apogeo de su destino y de su gloria, dirá a su hermana María Antonia, recomendándosela encarecidamente: “Acuérdate que yo no he conocido más madre que ella”.

“Ella, en efecto, será la humilde sombra de su infancia huérfana; ella guiará los primeros pasos de aquel cuyas huellas serán naciones libres; y cuando el padre de Colombia descansa ya bajo la limosna de tierra dada a sus tristes huesos de proscrito, la negra Hipólita que inconsolable le sobrevivirá por mucho tiempo, será sobre su tumba como un lagrimatorio de basalto”.

*Huérfano de padre y madre a muy temprana edad*

Apenas ha cumplido tres años Simoncito, y ya es huérfano de padre. Va creciendo con sus hermanos Juan Vicente, María Antonia y Juana, en la soleada casona de la Plaza de San Jacinto; en la de su preceptor, el patricio don José Miguel Sanz; o en la gran hacienda —después histórica— de San Mateo.

¡Cómo se siente ufano el niño Simón Bolívar cuando lo dejan montar el primer potro de sangre —potro con heráldica—, galopar por los llanos de Aragua, bajarse del

caballo y cobrar buenas piezas de pesca o cacería con sus anzuelos, el arpón o la escopeta!

¡Y cómo ha de lamentar el regreso a la ciudad, en donde gentes estiradas, muy afectas al tresillo, a la murmuración y a la blanca peluca, suelen visitar su acogedora residencia, dispuestas a tomar ceremoniosamente el chocolate con su viuda y joven madre!

De belleza delicada es la gentil señora. “Ojos grandes y negros, de suave fulgor místico. Boca de dulzura y de gracia, donde es luz la sonrisa, la bondad miel y música el acento”... “Jamás en su presencia se fustigó al esclavo, sin que al punto ella no detuviese, imperiosa o suplicante, el brazo del verdugo. Y alguna vez dio sus pechos de madre joven al huerfanillo negro, y cerró los ojos al anciano que encaneció sirviendo a la familia por más de tres generaciones”.

Bastan estas pinceladas del Padre Borges, que pintan la figura y el carácter de la madre, para comprender con cuánta emoción la recordará siempre Bolívar. Pero le habría de durar muy poco tiempo. Nueve años contaba el niño cuando “fue servido Dios llevársela”, para usar los mismos términos de una nota enviada por su padre a don Esteban Palacios, tío de los menores y “hermano el más querido de la difunta”.

Era el 6 de julio de 1792. Negros cortinajes en la amplia sala. Cirios y candelabros. Quejas sollozantes de la servidumbre. Damas y caballeros enlutados que van y vienen. Graves silencios. El llanto de los hermanitos huérfanos sólo es interrumpido por los rezos, la media voz de los parientes o por el viejo esquilón de San Jacinto.

Con los ojos muy abiertos mira el más pequeño de los hijos cómo cierran el ataúd, y cómo se llevan aquel cuerpo que le dio calor y vida. Acude a él la negra Hipólita. ¡Las lágrimas del que será libertador de naciones y de hombres, se confunden con las de una esclava, que gracias a él será liberta!



\* \* \*

Sobre el amor que hasta el final de sus días guardó el héroe por su madre, hay una escena en varios libros y anecdotarios, que aquí es oportuno recordar. A su regreso del Perú, en 1827, visitó por última vez la casa de San Jacinto, que había pasado a ser propiedad de su prima, doña Teresa Jerez de Aristeiguieta y Bolívar, casada con don Juan de la Madrid. Se festejaba allí al grande hombre con un banquete familiar. Ya estaba triste y amargado, “coronada de lauros la frente y de espinas el corazón”. Quiso brindar y dijo, entre otras muchas cosas, algunas que ya había escrito desde el Cuzco a su tío Esteban, el 10 de julio de 1825, comentadas por Rufino Blanco Fombona. Esencia de ese brindis:

“¡Cuántos recuerdos se aglomeran en mi mente! Mi madre, mi buena madre, sale de la tumba y me ofrece sus brazos abiertos. Mis tíos, mis hermanos, mi abuelo, mi más tierna niñez, mis juegos infantiles, todo viene en tropel a excitar mis primeras emociones. Todo lo que tengo de humano se remueve en mí”.

“... ¿Dónde están nuestros padres, dónde nuestros hermanos, dónde nuestros parientes? Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas, y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con sangre, por el solo delito de haber amado la justicia”.

“... ¿Dónde está Caracas? Ya no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, ha quedado resplandeciente de libertad, cubierta con la gloria del martirio. Este consuelo repara todas las pérdidas. Habéis sufrido mucho, pero os queda la gloria de haber sufrido mucho por haber sido siempre fieles a vuestro deber”.

Al final de su improvisación, cuando trató de evocar otra vez el recuerdo de su joven madre, cuya delicada si-

lueña le parecía que aún se paseaba por aquellos salones, no pudo Bolívar contener el llanto.

—“¡El Presidente de la Gran Colombia, el Libertador de América —comenta el Padre Borges —sólo era un triste huérfano sollozando sobre las ruinas del hogar deshecho!”

*En donde aparece don Simón Rodríguez,  
maestro del Libertador*

Quieren los tutores que las dos mujercitas y los dos niños Bolívar sean instruídos y educados como cumple a personas de su condición. Primero los sacerdotes Andújar y Negrete; después los señores Pelgrón, Vides y Carrasco; más adelante don Andrés Bello, disciplinan el claro entendimiento de quien va entrando ya en la adolescencia. Hasta que lo toma por su cuenta el extraordinario personaje don Simón Rodríguez, quien acaba de regresar a Venezuela, en plena juventud, tras de mucho rodar por varios años en diversas naciones europeas.

Influencia decisiva ha de tener Rodríguez en la formación de su tocayo, aunque no en su ortografía, según puede colegirse de las primeras cartas de Bolívar a sus familiares, cuando por primera vez salió de Venezuela.

Las lecciones son generalmente al aire libre, en la ciudad o en San Mateo, a la sombra de los árboles o en la ribera de los ríos. Serán temas favoritos del maestro y del discípulo, los ideales de Rousseau; las prédicas de Montesquieu; el absolutismo y la corrupción de los reyes; las experiencias del propio mentor en la Francia del 89; el funcionamiento de la guillotina; los Derechos del Hombre, que ya circulan de mano en mano en la Nueva Granada, comentados y traducidos al español por el gran humanista revolucionario don Antonio Nariño, precursor formidable de la independencia de Colombia.



Hará hincapié Rodríguez en la situación de los criollos americanos, obligados a pagar impuestos excesivos a la metrópoli, con perjuicio de las grandes masas indígenas, mestizas, negras o mulatas, que son las que en realidad producen; e insistirá en que los criollos, a su vez, son simples colonos, gobernados y en el fondo despreciados por los europeos.

Le explicará otras veces cómo fue la conquista de América por los españoles, y el triste fin de Atahualpa, de Cuauhtémoc, del último emperador incaico, Tupac Amaru el joven, sacrificado por el Virrey Toledo.

De qué manera, al cabo de más de dos centurias, casi en esos mismos años, en 1781, había sufrido muerte peor y más horrendo suplicio el rebelde peruano José Gabriel Condorcanqui, descendiente directo de los hijos del sol.

Cómo fue también sacrificado, entre los mayas yucatecos, el dulce y temible vengador de agravios Jacinto Canek.

Y en qué terrible forma allí no más, al otro lado de las montañas y de las planicies venezolanas, en Santa Fe de Bogotá, encontraron muerte atroz Juan Antonio Galán y compañeros (1782), con el aditamento de infamación por cuatro generaciones.

Se habrá de referir Rodríguez además, no cabe duda, a lo que en nuestra liberal, supercivilizada y democrática era de la bomba atómica, suele llamarse "discriminación" racial. Hará ver a su discípulo la división de aquella sociedad en siete castas, cinco de ellas vencidas, explotadas, ignorantes, bajo el dominio espiritual de un clero ajeno al cristianismo, que con la participación común en los sacramentos, "ignorando las diferencias terrestres, debería igualar en principio a todos los fieles".

A tan corta edad y en ambiente como el suyo, no comprende Bolívar muchas cosas. Pero al correr de los años, libres ya Nueva Granada, Venezuela, el Ecuador, Perú y Bolivia, escribirá con gratitud a su maestro, de nuevo radicado en el viejo continente: "No he podido jamás borrar

siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles".

\* \* \*

Ha pasado un lustro desde el fallecimiento de la madre de Bolívar, hasta llegar a la fallida conspiración de 1797, encabezada por el capitán rebelde don Manuel Gual y por el Justicia Mayor de Macuto, don José María España.

Envenenado murió Gual en Trinidad; y al señor España se le llevó al cadalso transcurridos ya dos años, cuando confiadamente dispuso repatriarse. ¡Se cumplió la sentencia inexorable de descuartizamiento, paseo en jaula y exhibición final de la cabeza, "fijada en una viga de treinta pies de altura!"

La actitud de numerosos criollos, quienes al descubrirse la conspiración ofrecieron sus servicios al Capitán General, es de suponer que impresionara profundamente al joven caraqueño. Sintiendo desconcertado por las opiniones hostiles a los insurgentes, incluso entre miembros de su propia familia, pensará que las ideas de su maestro están todavía muy lejos de fructificar en Venezuela.

Rodríguez, por otra parte, permanece oculto, resuelto a tomar el primer barco que pase por La Guaira, temeroso de que se le encarcele por su labor antimonárquica y por su infatigable espíritu revolucionario. Después de cinco años de trato diario con su preceptor, Bolívar se siente solo, como si habitase un mundo extraño que ya no es el suyo.

Resuelve a la postre su familia enviarlo a la capital de la vieja monarquía española, como medida heroica, porque el muchacho no quiere seguir sirviendo en el ejército, a pesar del grado de subteniente que se le ha concedido en las Milicias del Rey.



Quince años tiene a la sazón, e ingenuamente esperan sus mayores que a la sombra de viejos deudos y amigos en la Corte de Madrid, aquel adolescente pensativo a veces, en ocasiones turbulento, entrará en razón para que sea un continuador más de la limpia trayectoria de sus antepasados, en Aroa, en San Mateo y en Caracas.

Embarca el joven en La Guaira, a mediados de enero de 1799; se detiene el "San Ildefonso" en Veracruz, después de dos semanas de navegación, y el pequeño criollo puede entonces visitar la capital de México; sigue su viaje por la vía de Cuba, siempre al cuidado del capitán del barco.

Conversador, alegre, con dinero en abundancia, lleno de ilusiones, en alta mar hacia las costas de Vizcaya, por fin en las aguas del Cantábrico, ya se acerca, ya llegó Bolívar a la metrópoli del vasto imperio español.



## III

DE SACERDOTE A CAUDILLO  
DE LA INDEPENDENCIA

**D**EJEMOS en Madrid al mimado y opulento caraqueño, cuando corre apenas el décimo-sexto aniversario de su natalicio, para indagar sobre Morelos en la Nueva España. El fuerte sacerdote michoacano, con sus treinta y cuatro años cumplidos y uno y medio de ordenado, estará por esos días preparándose para salir de Churumuco a la parroquia de Carácuaro.

Han pasado tres siglos de vida colonial. Parpadean a lo lejos las últimas luces del siglo dieciocho, y apuntan rutilantes los destellos vigorosos del siglo diecinueve. Un intenso movimiento revolucionario sacude la opresión en diversas latitudes. La filosofía de los enciclopedistas se va convirtiendo en realidad.

Todo parece indicar que una nueva era se ofrece también al nuevo mundo, desde México hasta el Río de la Plata, no obstante el secular retraso de las mayorías en nuestra larga noche medioeval.

Los Estados Unidos son autónomos desde 1776; autónomos y libres, porque a sus habitantes, con nociones precisas de ciudadanía, les ampara la Constitución democrática de Filadelfia.

Atruenan el espacio los golpes de piqueta y el clamor



del pueblo de París, que al echar abajo la Bastilla señaló el fin de los Borbones: los de Francia y los de España.

La revolución industrial por otra parte, con su auge y madurez en Inglaterra, ha ido abriendo cauces más amplios de expansión y de comercio, que romperán el cerco del monopolio español a sus colonias.

Llegan todas estas noticias a los virreinos y a las capitanías generales de Su Muy Católica Majestad, don Carlos IV. Circulan clandestinamente las gacetas, a pesar de la vigilancia de las autoridades y del rigor del Santo Oficio. Las leen y las comentan y se exaltan los criollos ilustrados, quienes empiezan a vislumbrar la etapa que se avecina, vinculada sin remedio al proceso inevitable de transformación mundial.

Pero falta todavía el pretexto —si en esa forma cabe decirlo—, para que los grandes forjadores de la independencia hispanoamericana se lancen con éxito a la lucha. Quienes se anticipan al momento histórico fracasan, como fracasó en Venezuela la conspiración de 1797 a que ya se hizo referencia. Como fracasará todavía en 1806 el ilustre general don Francisco de Miranda, con sus expediciones de Ocumare y Coro, en marzo y en agosto de ese mismo año.

¡Este gran don Francisco de Miranda, quien por su tenacidad y entereza; por su actividad sin desmayo y su fe inquebrantable en la independencia de América; por haber dedicado lo mejor de su vida a defender la libertad en los Estados Unidos, en la Revolución Francesa, allí donde su espada pudiera ser útil a los ideales que lo llevan después a su patria escarnecida, bien merece el alto sitio de honor en que lo tiene la conciencia americana!

\* \* \*

No ha llegado, pues, el instante oportuno para el golpe afortunado. Las condiciones no son aún propicias para que

los enciclopedistas triunfen en América. La gran masa indígena, los zambos y los mestizos, los negros y los mulatos, las clases que los europeos llaman inferiores, dominadas con la esclavitud, la servidumbre, la encomienda y el temor al más allá, no responderán al requerimiento de los precursores.

Tampoco habrían de hacerlo los criollos “pelucones”, los “grandes cacahos”, señores feudales fanáticos o apacibles, que sólo se preocupaban por mantener incólumes sus intereses.

El momento, sin embargo, ya se acerca, sobre todo en México cuya situación difiere de las demás colonias, porque se ha formado una clase media de criollos y de mestizos pobres, que son como la vanguardia del proletariado frente a los europeos y a los criollos ricos. Y llega ese momento, salta la chispa que ha incendiado el Continente, con la invasión de España por los ejércitos de Napoleón.

La comedia o la tragedia de Bayona, en que se exhiben y estallan las pugnas de Carlos IV y de Fernando VII; la abdicación del padre en favor del hijo, y la entrega de la vieja corona al hermano del Emperador francés; toda esa descomposición y estulticia que produjo el grito de guerra del pueblo español contra los invasores extranjeros, el 2 de mayo de 1808, habría de producir también el grito de guerra en ultramar.

Contra el poderío de España tendrá que ser la revolución continental de independencia. ¡Pues bien, a los monarcas españoles los tiene Bonaparte echados a sus pies! Pero no le hacen el juego nuestros próceres al “gran corso”, dueño de Francia y vencedor de Europa.

Su lucha será primero contra Napoleón, en defensa de Fernando VII ni más ni menos, desconcertando así a los indecisos, a los “amigos del orden”, a los realistas puros.

Contra Fernando VII después, porque las batallas que en América empiezan a librarse, no se ganan para devol-



ver coronas ni restaurar ningún absolutismo, sino en sangrienta y gloriosa defensa de la libertad americana.

¡Acaso en nuestros propios días, tan críticos y contradictorios como aquéllos, pueda lograrse que políticos de altura y estadistas de visión, como los que lucharon en Hispanoamérica por ser libres, obtengan conquistas verdaderas en favor de la democracia efectiva en nuestro medio, sin dejarse dominar por ninguna gran potencia!

*Antecedentes de la Conspiración de Querétaro y del Grito de Dolores*

En julio de 1808, al tenerse noticia en México de lo acaecido en España, asume el Ayuntamiento de la capital el poder y la autoridad soberana. Sostiene el licenciado Francisco Primo Verdad y lo respaldan los más destacados regidores, junto con el sacerdote peruano Fray Melchor de Talamantes, que por cautividad o ausencia del monarca la soberanía recae en el pueblo, al que representan legítimamente los Cabildos.

Estará en ello de acuerdo el Virrey Iturrigaray. Pero la Audiencia rechaza tan atrevida proposición por boca del Inquisidor decano, considerándola "herética y digna de anatema", en franca oposición con la tesis del Ayuntamiento.

Hace crisis la divergencia pocas semanas después, el 15 de septiembre, con un golpe de fuerza de los "Voluntarios de Fernando VII", casi todos comerciantes españoles, o "hijos bien" de abarroteros peninsulares aristocratizados.

Asaltan los fernandinos el palacio, ponen preso al Virrey y lo hacen embarcar en Veracruz, nombrando en su lugar al anciano mariscal don Pedro Garibay. Fray Melchor de Talamantes es enviado con esposas a San Juan de Ulúa, en donde muere al poco tiempo, cuando ya tam-

bién ha fallecido el licenciado Verdad, misteriosamente ahorcado en su prisión.

Seguirá la agitación bajo el gobierno de un nuevo Virrey, designado por la Junta Central de España. Se provocarán motines y la conspiración de Valladolid en septiembre de 1809, dominada por el futuro Emperador don Agustín de Iturbide; otras de menor importancia y por último la de Querétaro, que en la madrugada del 16 de septiembre de 1810, dirigida por el Padre don Miguel Hidalgo, culminará en el pueblo de Dolores con el grito de Independencia.

Para organizar en el sur las primeras Juntas, habían contado los criollos insurgentes con una institución arraigadamente española, que arranca de los Concilios de Toledo en la época visigoda, y que cobra fuerza con el estado llano o representación del pueblo en las Cortes de Burgos, de León, de Castilla, de Aragón, de Borja y de Navarra, en diversas fechas a partir del año 1100 de nuestra era; con una institución que se convertirá más adelante en los Ayuntamientos, de origen netamente democrático, no sólo en la Península sino también en sus dominios, como lo sería también el sistema de Cabildo abierto.

Y ahora, en el caso concreto de la Nueva España, cuentan los mexicanos con un emblema místico y racial, con una bandera a la que el pueblo habrá de seguir con entusiasmo fervoroso: la Virgen de Guadalupe, reina de los indios y de los mestizos, aparecida en el Tepeyac en 1531, según la tradición.

\* \* \*

De esta Virgen morena, que no era venerada por los criollos ricos ni por los españoles, prosélitos de la del Rosario y los Remedios, "porque hasta en la religión —como



ya lo vimos en Venezuela— había diferencia de castas”; de esta Virgen morena y de su influencia en el movimiento independentista mexicano, ha escrito frases como las siguientes el inspirado poeta del Anáhuac don Manuel Gutiérrez Nájera:

“La insurgencia fue popular, levantó las masas, inflamó las almas, por la fuerza de la fe y la fuerza intensa de una gran necesidad económica...”

“¡A matar españoles! Es decir, a repartirse sus bienes, a vengarse del amo duro, del hacendado avaro, a tomar desquite de los azotes. ¡Y arriba, en el estandarte, la imagen de la Virgen Mexicana capitaneando, autorizando aquella guerra contra los hombres injustos y los crueles númenes extraños!”

“No había realmente lucha de dos credos religiosos antagónicos, pero sí pugna entre dos catolicismos: el catolicismo del inquisidor que excomulgaba y el catolicismo del cura que era excomulgado; entre el catolicismo del amo y el catolicismo del siervo”.

“La Virgen de Guadalupe simbolizaba la religión de los naturales oprimidos; no fue agraciada con títulos militares por el poder virreinal, como la Virgen de los Remedios; era toda india y toda para el indio”.

El primer obispo de la diócesis de México, Fray Juan de Zumárraga, natural del señorío de Vizcaya —paisano como podrá observarse de los antepasados de Bolívar—, fue el medianero del milagro operado en el ayatl del indígena Juan Diego.

¡No se imaginó jamás aquel ilustre prelado que con el milagro del Tepeyac, les estaba dando a los oprimidos enseñanza de redención!

Triunfal tenía que ser, por consiguiente, la carrera del Padre Hidalgo. Reforzado en San Miguel el Grande y en otras poblaciones, recibido clamorosamente en Celaya, se presenta en Guanajuato doce días después del grito de Dolores, al frente de 30,000 hombres.

El asalto y la caída de la Alhóndiga de Granaditas, símbolo del absolutismo, en donde se refugian los españoles con todos sus tesoros, “es apenas comparable a la toma de la Bastilla por el pueblo de París”, de acuerdo con lo que afirma el escritor y maestro de la Angelópolis, don Miguel Quintana.

*El Cura de Carácuaro, frente a frente del poder español*

De las diversas conspiraciones tendrá noticias en Carácuaro don José María Morelos. A juzgar por lo que dicen algunos autores, cosa que otros niegan, sostenía correspondencia con el señor Hidalgo. Mas en una u otra forma, es lo cierto que el maestro y el discípulo del Colegio de San Nicolás se encuentran en la ciudad de Charo, cerca de Valladolid, a mediados de octubre; que desde allí Morelos acompaña a Hidalgo y a sus fuerzas hasta Indaparapeo; y que el padre de la independencia mexicana, después de hablar largamente con Morelos y de haberle parecido mejor para general que para capellán del ejército, le otorga el siguiente nombramiento:

“Por el presente comisiono en toda forma a mi lugarteniente el bachiller don José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la costa del sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado”.

A partir de ese momento se inicia la carrera gloriosa del esforzado sacerdote, que comenzó sus estudios a los veinticinco años de edad. Sin embargo, no se desprende de su curato sin llenar todas las formalidades y obtener el permiso correspondiente de la Mitra, que hasta le nombra substituto, “con dos terceras partes de los emolumentos y obligación de guardar al propietario la tercera parte, para cuando se restituya a su curato”.



Pero no habrá de volver Morelos a su feligresía como pastor sino como insurgente, a reunir el primer núcleo de 25 hombres dispuestos a seguirlo. Ya está trazado su camino como caudillo de la independencia.

Mientras Hidalgo avanza victorioso hasta el Monte de las Cruces; mientras el Virrey Venegas y el general don Félix María Calleja organizan sus efectivos, para ponerlos en plan de campaña; mientras don Ignacio Allende, don Juan Aldama, don Mariano Abasolo y otros jefes y oficiales tratan de disciplinar y armar, incluso con piedras y con palos, a la inmensa muchedumbre que sigue a los dirigentes revolucionarios, empezará Morelos a obtener sus primeros grandes triunfos en toda la región del sur, hasta la costa del Pacífico.

Derrotado Hidalgo en el Puente de Calderón, el 17 de enero de 1811; caído así el gobierno que ya tenía establecido en Guadalajara; prisionero después en el Baján, camino de Saltillo a Monclova, durante su retirada al norte, en compañía de sus jefes y oficiales más selectos y de algunos sacerdotes; degradado por la autoridad eclesiástica el 29 de julio en Chihuahua y fusilado al día siguiente, ahí queda Morelos como alma y nervio de los ejércitos republicanos, frente a fren' del poder español.

## IV

DE LOS SALONES DE PARIS A LA LUCHA  
POR LA LIBERTAD

**H**ABIAMOS dejado a Simón Bolívar, adolescente, en Madrid. Allí vivirá tres años, con su tío Esteban o en la casa del anciano marqués de Ustáriz, estadista y filósofo de gran cultura, que ha de ser para el despierto huésped un nuevo y excepcional mentor. Mucho aprenderá de él y de los letrados liberales que frecuentan sus tertulias; pero, sobre todo, conoce en esa casa a la que será su esposa, doña María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza.

En reuniones sociales, en paseos y en visitas, cuando ya le apunta el negro bozo y se hace hombre, tropezará con grandes de España, militares entorchados, sonrientes diplomáticos y graves funcionarios, de los que no montan a caballo.

Discutirá con políticos de altura y con cerebros despejados, en aquel ambiente de corrupción y de cerril intransigencia. Frecuentará la taberna o el café de moda, en compañía de aristócratas botarates y ociosos, cuyas murmuraciones se refieren a la vida de la reina insaciable—María Luisa de Parma—, a la de Carlos IV y de Godoy. Reñirá con el Príncipe de Asturias. Y hará que suspiren y acaso desfallezcan en sus brazos de criollo ame-



ricano, algunas damas linajudas de la más devota cristiandad y la mejor prosapia.

Pero no sólo baila y se divierte: estudia también el joven caraqueño; aprende idiomas; busca a los autores clásicos; lee de nuevo a Voltaire, a Rousseau y a Montesquieu durante largas veladas, bajo la dirección solícita del marqués de Ustáriz; y al sufrir un incidente que lastima su orgullo de venezolano, piensa sin remedio en don Simón Rodríguez —el trotamundos incurable de quien no tiene noticias—, recordando sus palabras sobre el menosprecio de América por los europeos.

En 1801 —va para los 19 años— hace un viaje a París, y observa la situación de Francia bajo el régimen de Bonaparte, que lucha por salvar los principios republicanos. Puede así comparar el gobierno surgido del 18 Brumario con el gobierno absolutista de la metrópoli española.

Alguien, por añadidura, le explica cómo fue la decapitación del señor España, y los relatos de Rodríguez le dan vueltas en lo que los psicoanalistas llaman “el subconsciente”, en época de tanta sabiduría como la nuestra. Ahora sí se le graban más en la memoria las que juzgó historias del maestro, y lo atormenta una profunda depresión. Lo que ha sucedido en la plaza principal de Caracas, convierte en espantosa y sangrienta realidad aquellas trágicas narraciones, a las que no daba crédito completo pocos años antes.

Desazonado vuelve a Madrid, contrae matrimonio en mayo de 1802 con María Teresa, y embarcan los recién casados a establecer su hogar definitivo en Venezuela. Se instala de preferencia en San Mateo, pero nueve meses después del matrimonio, en enero de 1803, muere la joven esposa a quien ya tenía por compañera de sus sueños y de sus esperanzas.

La desaparición de su mujer provoca en el viudo de

veinte años un hondo abatimiento. No encuentra sosiego en la hacienda ni lo encontrará tampoco en la ciudad. Más que nunca se siente completamente solo, a pesar de la ternura y los cuidados de la negra Hipólita. Es tan alarmante su estado de ánimo, tan inconsolable su tristeza, que su fondo romántico lo hace desear la muerte.

Con el espíritu decaído, por consejo de sus familiares, inicia un nuevo viaje a Europa, hacia donde sale a fines del mismo año. Su hermano Juan Vicente manejará todos los bienes, para que el menor pueda serenarse de tribulaciones en el viejo mundo.

Visita primero España, y otra vez se le abrirá la herida cuando su padre político y los demás deudos de su esposa muerta, lo reciben y lo atienden en Madrid.

No puede quedarse en la metrópoli. Un decreto de Carlos IV prohíbe que los habitantes de las colonias vivan en la Península, según se afirma, por escasez de víveres. Siente Bolívar la humillación en carne viva; recuerda de nuevo a don Simón Rodríguez, quien por esa fecha está radicado en Viena; y sin nuevas dilaciones emprende el viaje en busca del maestro.

Al fin lo encuentra; pero muy ocupado está Rodríguez en ciertas experiencias de laboratorio, más importantes, a su parecer, que los arranques de desesperación del joven viudo.

\* \* \*

Se radica entonces en París el último Simón Bolívar. Desde su llegada hasta 1807, en que después de visitar los Estados Unidos regresa a sus dominios venezolanos, será su vida una constante agitación y un derroche agobiador en los grandes salones, en los teatros, en los más altos círculos de la capital francesa.

Quiere aturdirse, distraerse, olvidar su pena, frecuentando sitios de la más ruidosa galantería, gastando fuertes



sumas en bailarinas o en damas de alcurnia, jugando y perdiendo millares de francos en pocas horas.

Es concurrente asiduo y hombre mimado en las tertulias de su prima la señora de Villars, de madame Recamier, de madame Talleyrand, de altos funcionarios, filósofos, artistas y escritores.

Tendrá con algunos de ellos serias discusiones porque ha podido observar y condena el retroceso del régimen napoleónico, de la democracia, del republicanismo, a la dictadura y al imperio. Expondrá francamente sus ideas contra el nuevo Napoleón que ya no es, ni mucho menos, el que tanto admiró en 1801.

Conoce y trata en algunas de esas reuniones al barón de Humboldt, quien ha regresado de un viaje de cinco años por América, y le hace ver cómo sería radiante el destino del nuevo mundo si sus pueblos se viesan libres del yugo español. "Creo que la fruta está madura —repite varias veces el barón—, pero no veo al hombre capaz de realizar tamaña empresa".

Se queda Bolívar pensativo; deja para mejor oportunidad sus citas galantes; y logra que por fin se le reúna don Simón Rodríguez, en cuya compañía visita varias capitales europeas, hasta llegar a Roma en agosto de 1805. Allí pronuncia su solemne promesa o juramento del Monte Sacro, que no será el monólogo escrito, al cabo de muchos años, por el inspirado colombiano don Manuel Uribe Angel. Su esencia, sin embargo, está en la frase final:

"Juro delante de usted —le dice a Rodríguez, quien para entonces lleva el apellido Robinson—; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor y por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español".

*Reacción de las fuerzas realistas españolas contra los patriotas venezolanos*

Dos años después del juramento, con su experiencia de Europa y de los Estados Unidos, ya está de nuevo Bolívar en su hacienda de San Mateo o en su casa de Caracas, trabajando por la independencia, acudiendo a reuniones secretas, esperando la ocasión de cumplir lo que ofreció en el Monte Sacro.

El 19 de abril de 1810 se establece la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, y es depuesto el Capitán General don Vicente Emparan. Ha llegado el año crítico y ubérrimo de la liberación hispanoamericana.

El año de las Juntas autónomas y de los gritos de independencia, en casi todos los virreynatos y capitanías del nuevo mundo.

El año de una generación maravillosa de intelectuales y hombres de acción, que con la pluma y con la espada harán esfuerzos sobrehumanos para que triunfen las nuevas ideas, para que se respete la dignidad del ser humano en nuestro Continente.

No está de acuerdo Bolívar —como ya vimos que no lo estaría Morelos— en engañarse ni engañar con el nombre de Fernando VII. Mas encabeza una misión diplomática a Londres, en la cual figuran estadistas como don Andrés Bello y don Luis López Méndez. Piensa el joven revolucionario que Inglaterra no sólo ha de estar contra Bonaparte, sino que simpatizará también con un movimiento que suprima de América el dominio español.

Fracasa, por supuesto, porque la Gran Bretaña ha hecho alianza con Fernando VII, o con el grupo que lo respalda, para vencer a Napoleón. De regreso en Venezuela, a donde también ha vuelto don Francisco de Miranda,



organiza la Sociedad Patriótica, grupo selecto y decidido que trabajará sin descanso para que el Congreso, que ya se había formado, declare la independencia absoluta.

Pronuncia Bolívar sus primeros discursos en dicha Sociedad. Algunos patriotas piden serenidad y calma. Consta el joven revolucionario:

“Unirnos para reposar, para dormirnos en los brazos de la apatía, ayer fue una mengua, hoy es una traición”.

“Se discute en el Congreso Nacional lo que ya debiera estar decidido. ¿Y qué dicen? Que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos, o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres?”

“Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¿Trescientos años de calma no bastan?”

El Congreso decide proclamar por fin la independencia, después de muy acaloradas discusiones, el 5 de julio de 1811.

\* \* \*

Jueves Santo fue el 19 de abril de 1810, cuando se estableció la primera Junta. Jueves Santo será el 26 de marzo de 1812, fecha en que un espantoso terremoto sacude el territorio venezolano y deja en ruinas diversas villas y ciudades, entre ellas la de Caracas. Aprovechan la tragedia y el pánico del pueblo algunos religiosos, quienes en sus amonestaciones inculpan a los revolucionarios por aquel “castigo del cielo”.

En medio de los escombros, de los muertos y de los heridos, se empieza a destacar la vida heroica del futuro Libertador, con esta frase: “Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”.

Sobre esta terrible catástrofe escribe Gil Fortoul en su *Historia Constitucional de Venezuela*: “A las cuatro y siete minutos de la tarde, apiñada la multitud en los

templos con motivo de las festividades religiosas del Jueves Santo, tiembla la tierra, y muchas ciudades principales —Caracas, La Guaira, San Felipe, Barquisimeto, El Tocuyo, Mérida— por poco desaparecen bajo las ruinas. En Caracas se caen o desploman las iglesias de La Pastora, Alta Gracia, San Mauricio, La Merced, Santo Domingo y la Trinidad. En esas iglesias mueren hasta 4,400 personas, y en toda la ciudad cerca de 10,000, sin contar las gravemente heridas que sucumben después.

“Por varios días enciéndense hogueras para quemar los cadáveres. Corren por todas partes las gentes poseídas de espanto; las unas, en procesión, entonan cantos fúnebres; las otras, enloquecidas, se confiesan en alta voz en medio de las calles”. Y ratifica el historiador Gil Fortoul la actitud del clero, afirmando:

“El clero atribuyó en seguida el terremoto a la ira del cielo contra los patriotas. Hubo frailes que predicasen a la muchedumbre aterrorizada, que aquello era “el azote de un Dios irritado contra los novadores que habían desconocido al más virtuoso de los monarcas, Fernando VII, el ungido del Señor”.

\* \* \*

El capitán de fragata don Domingo Monteverde, jefe realista español, favorecido por el desconcierto y la desmoralización que produjo el terremoto, lanza su ofensiva contra las provincias sublevadas. Los independientes nombran a Miranda dictador, con el título de Generalísimo. Monteverde se apodera de Valencia, mientras Bolívar, con el grado de coronel que le ha expedido Miranda, pierde Puerto Cabello, traicionado por el subteniente de las milicias de Aragua, Francisco Fernández Vinoni.

Siguen avanzando los realistas; dominan el Valle del Tuy; se apoderan de Barinas; Barcelona desconoce a la República; anarquía en Caracas.



Y así, el 25 de julio, después de varios días de negociaciones, se firma irremediamente la capitulación de Miranda en San Mateo. El jefe español ha dado promesa a los delegados del Generalísimo venezolano, de que nadie sería juzgado ni tomado prisionero, y que obtendrían pasaporte los que quisieran embarcarse al exterior.

Si nadie será juzgado ni tomado prisionero; si se van a respetar los términos de la capitulación, ¿qué prisa tiene Miranda para disponerse a salir del país? Si, por el contrario, el ilustre militar venezolano que tanto ha batallado por la independencia de América, teme que el jefe español falte a lo convenido, ¿cómo deja abandonados a millares de sus compatriotas, expuestos a la venganza sin cuartel de los realistas?

Estas interrogaciones, y el hecho de que tal vez los patriotas hubieran podido enfrentarse con ventaja a las fuerzas de Monteverde, explican el lamentable y penoso incidente de La Guaira, en la madrugada del 31 de julio de 1812. Exasperados Bolívar y otros jóvenes oficiales por lo que juzgan una deslealtad de Miranda, en esos días de desolación y de tragedia, resuelven alcanzarlo en el puerto y reducirlo a prisión.

No es difícil comprender y justificar, por otra parte, el desfallecimiento del Generalísimo Miranda, acostumbrado a manejar ejércitos disciplinados en Europa y Norteamérica. En su patria ha venido a encontrarse con gentes desorbitadas, discutidoras, hostiles a la obediencia, intrigantes y "bochincheras", según su propia expresión. Muchos criollos, por añadidura, desconfían de él, lo consideran afrancesado y jacobino, y aun lo ultrajan con decirle que está al servicio de Inglaterra.

Las clases analfabetas de los "pardos", entretanto, no saben por qué ni para qué pelean. Regimientos enteros se pasan al enemigo. Multitud de esclavos negros y mulatos, al grito de Fernando VII, encabezados por el clero y por los españoles fernandinos se sublevan, se amotan,

deguellan y cometen otras muchas depredaciones en Oriente y en la costa. Sufre así Miranda varias derrotas y firma inevitablemente la capitulación.

*Prisión de Miranda e incidente de Bolívar con Monteverde*

Tenemos pues al infatigable y glorioso precursor de la independencia americana, don Francisco de Miranda, preso en La Guaira, en vísperas de embarcarse para el exterior. Casi al mismo tiempo recibe órdenes el coronel Las Casas, comandante militar del puerto, firmadas por Monteverde, para que no deje escapar a ninguno de los patriotas y los tome prisioneros.

Los jóvenes oficiales que se habían apoderado de Miranda no tienen noticia de la perfidia del jefe realista, sino cuando a ellos mismos se les persigue y se les encarcela. Bolívar escapa milagrosamente. Protegido por el hidalgo español don Francisco Iturbe, viejo amigo de su familia, permanece oculto varias semanas en Caracas.

Para entonces ya Miranda ha sido enviado a Puerto Cabello, se le traslada después a Puerto Rico y por último a España, en donde muere el 14 de julio de 1816, cargado de cadenas, en el Castillo de la Siete Torres del arsenal de la Carraca.

Al futuro Libertador, amargado por la responsabilidad que pudiera caberle en el incidente de La Guaira y en su descalabro de Puerto Cabello, trata de conseguirle pasaporte el señor Iturbe, quien dice a Monteverde:

"Si a él toca alguna pena, yo la sufro; mi vida está por la suya".

El representante de la monarquía española concede al fin el pasaporte, tomando en cuenta la posición de Bolívar, sus relaciones en Madrid y "el servicio que ha hecho al Rey con la prisión de Miranda".